

# **VARIACIONES DE UN DESVARÍO**

José Oswaldo Aldás R.

edicion  
derechos blablablaba

*Sempre dritto di là.  
Fino alla fine del mondo.*

ALESSANDRO BARICCO

## PRÓLOGO

Conozco a José: es joven. Decirlo así, no aporta nada, pues sabido es que la juventud tiene muchas falencias que la experiencia esparce parcamente. Pero en ésta etapa se es osado y audaz. José es osado y audaz. Su escritura es clara: semeja al vino fresco que sacia la sed en días inclementes, —como los de ahora— pero es buen vino. Es vino cuyo tono se logrará en la cava de su curiosidad, de su infatigable lectura.

Quizá la mejor imagen que tengo de este joven cuentista sea aquella de alguien que en medio de un puente olvida los extremos y no recuerda de qué orilla salió ni dónde se dirige y se inclina peligrosamente sobre una baranda, mirando en las inefables aguas de Heráclito, el de Éfeso, algún jirón de bandera al que aferrar su marcha. Pero estoy convencido de su elección: la utopía de la República de las letras, que, como rumor de sirenas apenas audible, lo han seducido.

Lo demás, el lector lo extraerá de su lectura...

Quito, junio del 2010  
Miguel R. Gavilanes M.

# De Los Tiempos Escasos

## ALGODÓN DE AZÚCAR

*A Mariuxi Campoverde,  
porque los recuerdos no perdonan*

Aquel día, la vi y el caramelo se le salía de los ojos. Gota a gota, lento, como un bolero o un vals. Ella era aquella que me destrozaba el pensamiento. Era lunes, creo; y estábamos caminando por el parque que solía decir, se parecía a aquellos distantes parajes japoneses en los que los árboles de cerezo son un sendero de esperanza. Yo la vi por vez primera de espaldas. Tenía el cabello largo y suelto, le crecía la naturaleza entre los cabellos y los llevaba sujetos con una de aquellas piezas artesanales. Un jean azul que era delicia en la vista, sus zapatos de hada madrina, y sus manos pequeñas de abril. Aquella mujer sacaba una sonrisa pantagruélica cuando alguien la veía por su espalda y le lanzaba algún piropo por su magnífico talle. Nunca

vi algo parecido, ya que entre tantas mujeres que yo veía en la calle siempre resaltaba la mirada desafiante de aquellas que se enfadaban porque algún intrépido se quedaba mirando de reojo algo que se podía ver. Además no entendía por qué es que se visten de una u otra manera y al llamar la atención, se molestaban. Entre sus voces me encantaba la que ocupaba en los ensayos del coro donde cantaba, ella era un hilo de luz, es decir su voz. Soprano. Con voces como la de ella Walt Withman o cualquiera hubiera podido escribir aquello de: “y miro a la soprano disciplinada... qué clase de trabajo es éste comparado con el de ella?”.

- Ves aquella figura de las nubes, parece un perro pero feliz.

- Y es que no conoces perros felices?

- A parte de ti, no.

Y le miré con recelo las pestañas. Caminamos a lo largo por el parque, hasta la llegada a un lugar donde se podía yacer unos minutos antes de la despedida, y como se sabe que, un adiós así, de golpe y porrazo, duele menos que uno a plazos. A veces la vida no es suficiente para pagarlo.

Ella tenía entre las manos un pedazo de mi vida que pendía de uno de sus larguísimos cabellos.

Ahora que lo veo desde lejos, desde acá, tantos años después, aún duele saber que no fui capaz —tal vez el dolor de cabeza o el insomnio- de pedirle que se quede.

- O sea que tengo cara de perro feliz...

Será tal vez por la naciente barba que me empecinaba en dejarme crecer.

- Mañana ya me voy... ya sabes cómo es esto de vivir.

- A ver estimada gurú... cómo es esto de vivir?

- Es así... vos vienes me das un beso y me dices que me quieres, luego te vas.

- Y en los días en que no me quiero ir?

- Es porque tal vez si me quieres.

Cuando sus amigas me dieron la noticia de que la beca para el extranjero le había salido, no sé exactamente si me dio ganas de brincar... del tercer piso donde ella estudiaba o de dibujar una boca de alegría con una sonrisa incluida. Así que por coherente respuesta me quede estático, frío, como una fotografía de mí a mis seis años, cuando me escondía de mi papá que me correteaba con la cámara. Cuando estuve delante de ella, por supuesto no le dije que lo sabía.

- Me dijiste que te vas...? Y a dónde si se puede saber?
- Más allá del marcito, si ves... para allá donde no te llegue el recuerdo de mi olor
- Y por qué tan trágica...?
- Porque tal vez también te quiero, y puede ser que te extrañe, que te eche demasiado de menos.
- No dices que la vida es llegar, besar y luego irse...
- Pero hay veces que una no quiere irse... vos me acabas de decirlo.

Además para qué. Si le hubiera dicho Quédate, al fin y al cabo me hubiera dicho: no puedo. Mejor era hacerme ese nudo en la garganta. Porque yo no decía tal vez, la quería nada más, y tal vez —ahora si ocupo el tal vez— después de estos largos años la quiera todavía, de una manera distinta, más como a una comida que no se ha probado durante algún tiempo.

- Y quieres que te acompañe al aeropuerto?
- No, mejor me despido así, con una sonrisa de esas tuyas, de irrefutable cariño.

Y es que de tantas despedidas uno se curte, se le hace callo los sentimientos. Por ejemplo a mí. Desde aquel día no me creció la barba nunca más. Porque cuando se fue, por lo menos mis



deseos se fueron detrás de ese talle de virgen auxiliadora. Y uno de mis más fervorosos deseos era ese: el de mi barba. Me escucho y qué cosas digo. Guardo mi copia del periódico diario y lo pongo debajo del brazo, porque tantas noticias malas a uno le entran ganas de tomarse un café. Y efectivamente eso voy a hacer. Así me distraigo.

- Buenas, me da un expreso por favor...
- El de la tacita pequeña?
- Si el de la tacita, pero sin azúcar.

Y pasaron mis días largos. Le reservé un lugar especial en la narración de la historia de mi vida. Como aquel que leí: “Cuando muñeca se murió...” pero esta muñeca era algo inmortal, de carne, hueso y ese talle, ese pelo. Pasaron así.

Hago las clases en el colegio y me pareció hasta gracioso cuando dejé de llamar a mis ex maestros: maestros, y los alumnos empezaron aquella costumbre conmigo.

El tiempo es así: llega, besa y se va. Pero ese beso deja un tufo de muerte, de vejez extrema, encana los sueños. Ese talle. Y escuchen ahí viene... es la canción que escuchábamos antes de que ella se fuera, antes de hoy. Como decía,

mi inglés también ha disminuido: “It may not be the right time; I may not be the right one. But the something about us I want to say... I need you more than anything in my life”. Y mírenme, estoy aun batiendo la palma de mi mano derecha sobre mi muslo, sentado en la mesita de la calle, el sonido del piano al inicio siempre me indujo a eso. Y mi café que no llega.

- Y cuándo regresas?

- No sé...

- Quieres que te espere?

- Para qué?

- Para quererte.

- No mejor no... no es justo para vos, no mereces eso.

Tanto así era su afición a la predicción, que hasta sabía ya lo que merezco y lo que no. Ahora ya después de tantos días de verla en esas fotos macabras, ha pasado a mi lado, en la calle que es el único común denominador que tenemos. Esas gafas. Pero ya no ese talle. Parece que se ha dedicado a ocultarlo. Y al golpear mi hombro me ha mirado y me ha dicho: -lo siento caballero. Sabemos que esto pasó A.C. o sea antes del café. Además ese caballero se oyó a: no me acuerdo de tu olor. Pero hay algo que si está igual o sea D.C. Sus labios, que venían jugando

con ese pedazo de nube color rosa. El perro feliz del cielo. Pero color de rosa. Lo despedazaba, como alguna vez mi recuerdo, se diluía entre su saliva, en lo más profundo de su boca. El pedazo de nube dulce, como alguna vez la escuché que lo llamó.

- Su café caballero...

O sea que es oficial. Ya dejé hace tiempo de ser el agradable sujeto de los mil nombres y ahora solo soy el caballero. Arturo tal vez pueda recibirme ahora. Fui al aeropuerto de todos modos, desde la ventana la vi utilizar el aparato telefónico. El mensaje que me envió decía: Jamás te olvidaré. Ha regresado, pero tristemente me he dado cuenta de que no se le olvidó su promesa. Sino más bien se le olvidó recordar, y eso a todos algún momento nos pasa. Casi al caer su nube al suelo la tomé, acá, años después.

- No se preocupe señorita, un resbalón lo tiene cualquiera.

## EL SARCÓFAGO BLANCO

Entró en el baño de un color blanco puro, de un olor casi neutro, como todo baño, de losas que simulan el piso y espejos grandes yuxtapuestos a la pared. Una bombilla blanca iluminaba la porcelana de los lavamanos y de los urinales.

Entró con apuro de aguas en los pantalones (lo normal, después de haber bebido líquidos toda la mañana) y con las piernas imprevisiblemente tambaleantes. Se paró frente al urinal y con dificultad abrió el cierre de su pantalón, tomando en sus dedos el pasaporte al placer momentáneo y fugaz. Mientras recordó el cuento aquel, más bien lo vislumbró ante sus ojos. La muerte es tan inevitable como reconfortante; la vida no es más que el pretexto semi-cíclico de echarnos culpas diarias, sin un evidente o lejano momento de disculpas.

De tal modo que a pesar de medir la vida con un termómetro limpio, la pena de la muerte se esconde recónditamente en la esquina de los pensamientos más secretos de cada uno. Pero el punto exacto era ¿por qué?, ¿por qué en el baño inevitablemente público?, tal vez sería por el color blanco hueso relacionado intensamente con una paz metafísica y mortuoria.

Se le fue el líquido amarillo gota a gota, hasta terminar por completo, pero cayó en cuenta de que sus piernas aún conservaban ese temblor raro y molesto; el bicho calcáreo de la duda del vivir o el morir, se le había ya, calado entre punta del órgano que acababa de utilizar hasta la última neurona que se hallaba trabajando. Aquella muerte enigmática y sin retorno, que fue alivio de Aquiles y a su cuasi inmortalidad, o la muerte que arrebató al mundo a Jesús, necesaria sobre todo, para limpiar al mundo de los pecados engendrados, paradójicamente por su misma divinidad creadora, la muerte negra como la parca de los sueños más recónditos de un cementerio que se lleva siempre presente en la mente, o a un Hades con su mano extendida llamando con ternura de madre; todo llevado a un cerebro, tan solo por la lectura de un párrafo del cuento aquel.

Caminó con lentitud, como quien camina hacia la horca, o la silla eléctrica en nuestros modernos países “desarrollados”, abrió la llave del lavamanos y no se asombró por la terriblemente fría agua que de él brotaba. Tanto frío introdujeron en la mente aquellas “infundadas” ideas, que por un instante ni la misma habitación le pareció distinta de cualquier lugar. -Yo vuelo y nadie se da cuenta de que por algún motivo extraño, la muerte a uno, le llega no solo una vez, sino tantas que a veces es imposible contar, nadie aún se da cuenta de que esa muerte que es el karma de algunos, o el clímax de otros, es infinitamente cíclica y redundante, con sus mismas tretas. A cada uno desde que nace, se le muere la paz, en primer lugar, las ideas tan carcomidas por este imaginario mundo consumista y vacío, nadie como yo, por lo menos-, se decía solo.

Salió lentamente, cabizbajo, pensativo, -que hubiera pasado si esta parte que parece tan corriente y cotidiana, no hubiera existido nunca, qué hubiera sido de este mundo, con un Hitler aún vivo, o con un Buda inmortal, tal vez, la contienda ideológica más grande-.

Salió a la calle de siempre, sucia, gritada, inmoral... santa de algún modo. Siguió su camino,

hasta el callejón de la avenida que tantos le bautizaron, con mucho amor, como el “matadero”, no exactamente por su semejanza al ruedo de la plaza, sino más bien por la sangre que por aquel callejón corría muy de vez en siempre.

-Si me muero ¿qué dejo? además de un par de poemas a medio terminar y una colección de discos piratas de Sabina ¿por qué las grandes ideas se tienen que morir antes de nacer?

La muerte le rondaba por la cabeza, y por el libro que traía bajo el brazo derecho. Su camisa como comúnmente la traía, se batía con el viento. —Y si me muero, a parte de mis materiales impuros y diarios ¿qué dejo? ¿qué idea con que se alimente los desvelos de alguien?

Mientras que desde la otra esquina, ese ser humano al que le decían “rata”, por amor a la retórica, jugaba diabólicamente al son de la música del viento, con su cuchillo de mesa, inaudito y anónimo. Se acercó lentamente. —Y si mi muerte llega, como le llegó a Aquiles, justo cuando más inmortal se sentía-. Sintió inesperadamente, el frío acero de la punta del cuchillo, en su garganta.

- Mire jefe, no quiero hacerle daño, solo quiero

la plata, para comer un pan-  
- Tengo poco, pero llévatelo-

Metió la mano, en su bolsillo, miró al frente para ver si alguien venía, y para atrás por si alguien quería ir de “sapo”, y nada.

- Quiero el libro, algo me han de dar en el reciclaje  
- Todo menos el libro  
- Mierda! que me des el puto libro

El joven de manos frías por el agua de hace un instante, se estremeció, soltando el libro de manera leve y lenta, mientras el acero del cuchillo se deslizaba por su garganta. Lo último que vio, fue el libro manchado de rojo, con su propia sangre, en la página 171, con la que conoció de mano en boca a su muerte querida, y decía: “Sintió que si él, entonces, hubiera podido soñar su muerte, ésta es la muerte que hubiera elegido o soñado”. Sintió el ruido de los pasos de su atacante alejándose a prisa, cerrando los ojos, pensó:

- Ahora es cuando nazco, por fin, vuelo y nadie se da cuenta de que por algún motivo extraño, la muerte a uno, le llega no solo una vez.



## MI SENTIDO PÉSAME

Te he encontrado el día de ayer en el callejón donde te despedí hace casi cinco años, y aún eres una parte de mí que prefiero no recordar. Te he preguntado, ¿cómo estás?, y me has respondido que te has mirado en el espejo, y nuevamente has encontrado existencialismo en el reflejo; me has dicho que no fumas y me he callado las veces en las que te he visto por la calle echando bocanadas de humo gris, tratando de disimular tu histeria colectiva y tu fobia a la soledad. El día de ayer me has contado aquel sueño extraño y me has pedido que aplique técnicas de análisis psicológico, y se me hace raro que tu vaguedad te recuerde a Freud, siendo como te has formado, y por enésima vez te he dicho que soñar con dios no significa que ese ser distante y mitológico quiera hablarte,

después de todo, tú aún no sabes, que la biblia se ha relegado a ficción literaria, dios en ella, solo habla y se manifiesta con personas atemporales y ficticias.

El parque en el que mirabas a esa niña de carnes rosadas, a ésa misma que por la noche extrañabas a pesar de tu pequeña edad; aún tiene dos canchas como antes, los juegos infantiles que descansan sobre el cuadrado limitado del césped, aún son una serie de metales juntos que el tiempo, como a todo, ha enmohecido. Las redes de metal que lo cercan nunca fueron una metáfora para ti, siempre entrabas y salías de él las veces que te venía en gana y lamentablemente eso es lo que esperabas de la vida, ¿no es así? Los colores siempre te fueron secundarios, tu mirada se basaba únicamente en algunos nombres, solamente en eso.

El sueño que decías, te atormentaba y liberaba, era tu respuesta a ese onanismo psicológico que se creaba de tanta miseria que veías en las calles y callabas por respeto al silencio.

El ruido de los autos, el tránsito, las personas y la fastidiosa realidad en que nos han metido, fueron siempre, el tema de tus iras contemporáneas, tus maldiciones al futuro y al presente, o

¿es que acaso nunca has maldecido a tu vida?

Al dormir te encontrabas con dios y le preguntabas irónicamente, según me decías:

- En tu infinita sabiduría, don sabelotodo, ¿cuántos años tiene la tristeza y la melancolía de este mundo?
- Un poco más que el llanto desesperado.
- Y ¿quién ha decidido que existamos sin licencia y sin frenos?
- Ese es un defecto de fábrica.
- ¿Y por qué en tu infinita bondad, la gente se te muere de hambre y se mata en tu nombre y otras cositas perversas que no digo por no poner colorada a la virgen?

Silencio.

- Son fallas de programación. Hasta la perfección tiene un par de defectos.
- ¿Es que acaso somos máquinas de tu juguetería planetaria?
- Son piezas de ajedrez. Exánimes pero divertidas. Y un secreto: hasta dios a veces pierde o se equivoca.

Y llegabas a la conclusión de que dios no tiene la culpa de nada, por ende, dios es nada, inexistente

en algún lado, de alguna manera; pero esto no nos afectaría a nosotros directa o indirectamente. La culpa es en realidad de uno mismo, por tratar de imitar saludos y vidas, por tragarte la pastilla e irte a dormir calladito, la siesta al rincón. ¿Te has analizado a ti mismo?, ves que no es difícil, hasta opinar es un delito que vale la pena cometer.

He recibido tu carta hoy a las ocho y media en punto, en la mañana. Asistiré. Daré un abrazo a tu madre, quien me preguntará ¿por qué? Y yo, bajando la cabeza: no sé. Para serte sincero, me gustaría fotografiar el orificio de tu cabeza si no me tacharan de sádico, o me echaran flores parecidas, que la gente no entiende, pero las utiliza como ofensa, incluso por miedo. Como en la revolución de 1810, te has volado el cerebro, creyendo que las ideas que te han construido se irán volando a la cabeza de otro incauto que haya leído a Dávila Andrade o Palacio, igual que vos. Plausible, pero ridículo.

El parque seguirá allí, y seguirás visitándolo de alguna manera, a fuerza de obligación, por compromiso tal vez, pero muy en contra de mis deseos, te recordaré, vagamente, así como se recuerda que se respira, o como se recuerda que mañana también saldrá el sol. Tal vez, después

de años, días, meses —el tiempo es inicuo y lo de menos- te entienda, y mi muerte tenga un poco más de sentido. O, ¿es qué acaso crees que las muertes no tienen sentido? Y en el peor de los casos, si fuera inmortal, lo trataría de llevar con paciencia, recuerda, la esperanza es lo último que muere.

## CARTA MAL HECHA

La diferencia definitiva entre el abismo sepulcral entre mi soledad y el paso inevitable hacia la muerte infinita... es tan solo el miedo. Tú que estás del otro lado, sabes que es siempre un poco difícil empezar a sentirse solo, a pesar de toda la retórica social, que nos rodea cada día, y que sin embargo en el momento de la verdad se transforman en el estorbo más significativo de la parodia cotidiana. De igual modo, Palacio demostrado, en las definiciones intactas y nítidas de el cubo predestinado para desnudarnos del mundo, pero tan solo por las noches.

Hoy, en esta carta, me despido de cada una de las cosas, que sin poder darse cuenta se han entrometido tan torpemente en mi vida, que se dará por finalizada hoy a las tres en punto.

Espero que por bendición griega no se termine ni el  $\alpha$  ni el  $\Omega$ , menos los textos llenos de mi marcado fin, en el techo de mi crepúsculo de luna.

Fechado para el 13 de Abril, del año cualquiera, en la ciudad más lejana de la realidad. El querido Alberto, el de la esquina y de las serenatas con canciones de Benítez Valencia y Los Panchos, se ha quedado mudo, parado en la calle, que triste lo ve. Mientras se confunde un poco de la realidad intocable con la magia de las miradas de las putas y de los borrachos embrutecidos de tanta miseria y las divinas providencias de el altar con tres velas de la esquina, que le golpea de lleno y sin piedad en la cara.

Doce del mediodía, con tabaco en mano y cientos de hojas llenas con signos insignificantes pero puros sentimentales, que los intelectuales llaman versos, inicia su camino. En el bolsillo derecho de su chaqueta maltrecha por el viento y los varios y duros días de uso, se hallaba también la carta. Miró el reloj de la plaza, mientras sintió el vacío del resto del mundo. —Las doce y no he ido al wáter- se le escapa la risa recordando de nuevo a Pablito el loco, sin duda el más cuerdo de las letras.

-Quién diría que a estas horas del partido, se me ocurra pensar como gente-, dice. Alberto, el triste, el bueno, el tonto, el crédulo, el guagua santo, el de las medallas de oro en torneos de declamación, ese mismo, que refleja, aún sin darse cuenta, a todos, que creen que por una cosa ganada se ha ganado la vida misma. Él ya sabía que la muerte es tan sólo el pretexto para escaparse de la vida y se apuró para esconder los cuentos de Dávila, para que no digan que la decisión es por influencia de nadie, como que nadie camina por que el otro respira, o que uno vive porque alguien que ya vivió, se quedó plasmado diacrónicamente en las pupilas de la historia.

-La una y media, -ya me falta como media cuadra para llegar al cuarto- un par de monedas sueñan en el bolsillo, las cuales caen en la mano de un mendigo esquinero, para que no me falten votos arriba, para entrar a lo bien y por la puerta grande.

— Me da pena sabes, por la Carolina, que ayer no más se entregó en cuerpo y alma a vos Alberto, porque se convenció de que eres un machote y que no la ibas a dejar sola. Me da pena por ella y del siguiente que vendrá en su vida y la repudie por no tener lo que todo hombre



decente quiere.

Entró, el reloj marcaba ya las dos y media, llegó y se sentó en la piedra que tenía de cama.

TAS, TAS, la puerta.

— La renta vea, verá que si no me da la plata yo le corto el agua y la luz o le cierro la puerta, oiga si me oyó?

- Si doña Mechita, yo mañana le dejó con la Caro, ya.

Abrió el cajón de la gaveta y sacó un par de navajas, una vela, un rosario, tres cuadros de vírgenes y santos, se sentó frente al espejo, abrió el papel, dejó la carta en el escritorio, y leyó.

La lágrima imperceptible del miedo se le escapó...

- Tal vez, mañana si me de la valentía, YA  
DOÑA MECHITA SEGURO PARA MA-  
ÑANA-

Fechado para el 14 de Abril a las cuatro del tarde...

## LA CANCIÓN DE SABINA

“Lo nuestro duró...”, empezó de nuevo la maldita canción de Sabina en la pocilga de bar que encontré abierto a estas horas de la noche, qué más da ahora, si me siento en una piedra y me tomo cicuta fría, me sentará igual que el trago barato que tengo en la mano; como si no fuera aún suficiente el seguir pensando en esa mujerzuela que se me voló de las manos.

“En vez de fingir, o estrecharme una copa de celos, le dio por reír...”. Como me voy a olvidar si a las tres de la tarde no más acababa de pasar, yo tranquilo, disfrutando de mi día de soltería limitada, aún leyendo: “Puedo escribir los versos más tristes esta noche”, o dos páginas después acompañado de Gustavo y su “Yo sé un himno gigante y extraño”, pero tenía que

irremediablemente exterminárseme la alegría, los versos de paz y amor, con tu cuadro de regocijo repudiable en los brazos del tipo ese, el de la disco donde estuvimos hace unos días, vos como toda una mujer llena de gracia, entrelazada en los brazos de ese pulpo ínfimo y superficial, mientras yo me quedaba callado y escondido detrás del árbol de eucalipto.

“Y me quedé como un perro de nadie ladrando a las puertas del cielo...”, por Dios, que alguien apague esa canción que me está cortando las venas medievalmente, es como si cada nota me durara en el oído los veinte y cinco siglos de los argonautas; como me voy a olvidar la gran mierda, si vos estabas con media lengua afuera del hocico de ese bestia carnicero, mientras con sus manos devoraba tus redondos glúteos contornados que mis manos nunca tocaron con la excusa de la moralidad y pulcritud que ostentabas y así como la canción, hecho perro me quedé, sacado la lengua y mojado por la lluvia que comenzaba y vos, una donna, yo te creía mi amor irremediablemente eterno y fiel, esperando como cojudo poder tocar tus senos calientes en la noche y comérmelos a besos, pero no, él en ese momento ya disfrutaba de su dulce compostura con la mano que le quedaba libre, no te extrañó ni el parque, ni la gente

que pasaba.

“Me dejó... la miel en los labios y escarcha en el pelo...”, callado me di la vuelta, me compré un tabaco para el frío que sentía en la sangre por lo que acababa de ver.

En la tarde me decías: -yo voy a la casa de la Alicita, para que me iguale en la materia por la falta de ayer y de paso aprovecho el tiempo para terminar el trabajo de la U, perra de mierda. Yo decía: -bueno mi amor, te llamo para ver cómo te va... Y nada, igual, si te hubiese llamado me hubieras metido el cuento de que con ella estabas, pero que salieron a comprar algo, me mandabas uno o dos besos por el teléfono, mientras yo me quedaba estancado esperando que sean las 7 para irte a ver, no me alcanzaba ya ni para el taxi, me tocaba a las 10 recién ver si me quedaban buses porque tenía que darte tus caprichos virginales de la noche, que ya la manzana acaramelada, que ya las papas porque tenías hambre; mientras él se fregaba de la risa mientras te oía.

“Y regresé a la maldición del cajón sin su ropa...”, sinceramente este Sabina si sabe llegar al punto que quiere y yo botado aún aquí, sentí el infierno de Dante en mi carne, escribiéndote

“Andiamo fulana a impiegare la meraviglia”, en italiano, para asombrarte, traduciendo poemas que creía que te gustaban, terminaba el libro de García Márquez, mientras tú te convertías en otra memoria de mis putas tristes, ya entrabas en ese saco de las putas que pasaron por mi vida y no me extrañaba.

Me llamaste a eso de las 8, enojada todavía, diciendo que por qué me había demorado tanto y por qué estaba borracho, y por qué no llegaba a verte; todavía aún más descarada me dices, cuando estés de ánimos buenos me llamas mi chiquito, yo no me enojo contigo, no ves que yo solo a ti te amo.

Soñaba ver algún día tu cuerpo de Venus, desnuda, solo tapada con la sábana de mi cuarto, a veces me masturbaba el cerebro con esa idea, vos hoy te pudres en el fondo de este vaso, que es el último que me alcanza con la plata con la que te iba a pagar el taxi. Mañana no sé que vaya a pasar, ni aún sé qué mismo vaya a pasar en la noche de hoy, me pediste que si estoy de ánimo te llame, porque me amas solo a mí, y yo sigo albergando esa transición de idea en mi cabeza, filosofando sobre el aquí o el allá, sabiendo perfectamente que ni siquiera donde yo estoy sentado en este momento de verdad existe.

“Tanto la quería, que tardé en aprender a olvidarla 19 días y 500 noches...”, mi historia continúa hasta que se me acabe el trago o la vida; pero juro por lo más sagrado, que por esta cruz que llevo colgada en el pecho, hoy te saco de mi corazón porque te saco, mientras aún tengo el celular a mi lado, un poco de trago en la botella, una desesperación que vale por cien, y el camino bifurcado entre la locura y una llamada.

## MENSAJE NUEVO

La sensación de vómito es indescriptible en la garganta; tiene algo de peculiar, cosa que no se encuentra en ninguna otra sensación, esto la hace muy verosímil a la vida. El computador está aún con la página de respuesta del correo electrónico, en blanco. El cuarto que sirve de estudio, tiene un basurero lleno de hojas arrugadas, escupitajos y algunas colillas consumidas, es un laberinto donde se deleitan los microorganismos, que formarán parte de algún ser, algún día.

El correo que había recibido esa mañana, decía: “La fotografía, amigo, del cigarrillo de Diez-Canseco, está en mi archivo =)”, y nada más... y como la realidad es un donnadie, el todo, por ende, queda descartado. Como preocuparse,

como Palacio ya lo citó con su teniente anónimo, de la uña del pie de alguien, mucho menos del cigarrillo en la mesa, besando un cenicero de metal plateado, consumido y casi sin vida, traído al presente extinto, después de años de muerte en el olvido.

Comparar entonces, una uña con un cigarrillo, es sin duda alguna, una aberración psicológica inevitable. El encuentro casual con aquella afirmación, era a su parecer, más importante que la fecha, relegada para los calendarios o para los hombres comunes, aquellos que acepten una burla más de la cotidianidad. La fotografía en sí es un pretexto solamente, no es un recuerdo, sino un presente congelado, sin tiempo y sin espacio, donde es posible que exista un universo.

Recuerdo. Don Balón muere como vivió, verbi-gracia, su pasión, su creación; Baldomera podría haber fumado ese cigarrillo y no moriría porque no existiera, más bien, sería la metáfora misma. ¿Qué pruebas tenía y enviaba de que fuera verdad lo escrito?, ¿para qué serviría?

Escribió y luego borró, por parecerle un laberinto las palabras, se afirmó, se levantó y camino pausadamente al librero que estaba al otro extremo del pequeño laboratorio. Miró. Tomo



en sus manos un ejemplar de letras negras que decían: “Don Balón de Baba” y pensó en Borges: “Así como el griego afirma en el Cratilo, el nombre es arquetipo de la cosa, así, en la palabra rosa está la rosa, y todo el Nilo en la palabra Nilo”.

Tomó un abrigo de la silla y salió a paso lento de la casa, pausado y sin remordimientos; tomó el autobús que venía anunciando un destino –un gusano acompasado que traga y vomita gente en las calles por un precio casi módico- subió y se sentó cerca de la ventanilla en la izquierda, tercera fila.

El destino final era desconocido.

En el mensaje de la mañana se presentaba un emoticón desesperado que lo había dejado sin palabras; un igual matemático, un paréntesis gramatical, encerraban pictóricamente un sentimiento, conclusión: la felicidad es matemática y gramatical, por ende inexacta.

A la voz de “servidos señores”, bajó y se percató de lo inaceptable que era la música del momento; la ansiedad lo entrenó perfectamente en sus años de soledad: aprendió a ser tolerante, en lo que la palabra encerraba como significado.

Minutos más tarde estaba de nuevo con el sol en la cara, un escupitajo más de Apolo en su entrecortada existencia. Encontró una nueva madriguera improvisada.

Se podría decir que el ambiente es la fotografía de la memoria y que no siempre es necesario un Sancho Panza para empezar a extrañar la soledad. Ahora el mundo es accesible, todo o su parte, entra en una pantalla, burlándose una vez más de la omnipresencia de dios, esta transacción de circuitos, nos hace posibles en cada parte del mundo, en el mismo momento: ser dios detrás de un ordenador. El computador es un artefacto que nos instala la visión de dios en las retinas y en los dedos. Este acto onírico y ritual, lo desligó de la vaguedad del lugar, y la mesera se acercó:

- ¿Le sirvo algo señor?...
- ¿Tiene cigarrillos, como los de la foto?...
- ¿Cuál foto señor?...
- Ninguna, solo deme un café expreso.

“Induzca joven, induzca” decía Palacio, y así abrió la bandeja de correo entrante, leyó de nuevo el correo virtual; no porque ahora no sea presente significa que haya desaparecido, la fotografía representa un posible existencial o un

existencial imposible; las sonrisas de las fotos fingidas en su mayoría, se conservan como recuerdo tácito de un sentimiento inexistente, que nunca fue, pero existe, por el simple hecho borgiano pictórico-fotográfico de la foto y de las palabras.

Al nombrar las cosas, las creamos de alguna manera.

La página de promoción interactiva mostraba un precioso elefante “sereno, como la carne de la luna”. La mesera llegó con una pequeña taza humeante y la colocó a su izquierda. Dio un sorbo corto, como quien toma un bocado de felicidad.

- Señorita. ¿el elefante le parece trascendente?
- ¿Trascendente?
- Importante, señorita...
- Me gustan los elefantes, son animales muy pacíficos
- Y cuando caminan bailan ballet, sus patas lo permiten...

La mesera se alejó lentamente susurrando a muy baja voz: “Loco de remate”.

Entendió. El objeto existe, no por su espacio y su tiempo en este mundo, más bien, existe por

la relación enigmática que deja en el cerebro; la idea que lo engendra. La fotografía es una idea, que opaca por unos segundos la detestable realidad.

El elefante parecía esperar. Arrastró el puntero y guardó la foto en un archivo, memoria virtual, un hueco que funciona como depósito de coincidencias. Mensaje nuevo.

“Te he entendido amigo, gracias por la información, yo he conseguido la foto del elefante viajero, recuerdas, el de Saramago”, y nada más.

## LA SOMBRA DE UNA NOTA

*“He aquí a una mujer  
de inteligencia superior reducida  
a la infelicidad por haberme conocido...”*

STENDHAL

*A Sonia L. Montenegro*

### UNO

“A pesar de ser un paliativo temporal a una secuencia de imágenes obtusas y contrapuestas, todas ellas comunes y terrestres; para mí, eres mucho más que un nombre”, le escucharon decir algunas veces, entre dientes.

En las indefinibles bifurcaciones de las paredes de una facultad cualquiera, se esconden rostros de morgue o de un hospital lejano para ancianos, validados por los colores tan vacíos que ostentan. Así, el edificio es una realidad válida, a diferencia de las ideas que son metafísicas y en algún punto condenatorias.

En algún piso –tal vez el cuarto o el quinto- de ese edificio, un pequeño curso se llenaba de una gran cantidad de estudiantes, donde se mezclaban colores y texturas, su sinfín de objetivos y sus matices, sus camisas de colores primarios y sus mochilas; era un deleite observar aquel carnaval antropomórfico.

“El silencio es la filosofía de los fuertes” decía Balzac. En un rincón del diminuto curso, un silencio melancólico y pausado sobresalía de una de las sillas ubicadas delante del pizarrón. La silueta de mujer resaltaba el pequeño orificio verde del metal, taciturna y lejana “como la tierra en la vendimia”, su blusa era blanca como la luna llena de las noches de invierno y sus manos desvariaban entre un pequeño universo de líneas y dibujos que hacía en el cuaderno a cuadros que estaba frente a ella. Toda ella era fruta. Su pantalón a cuadros destacaba su figura, muy al estilo de Isabel Freire, por quien perdería la razón Garcilaso de la Vega. Su silueta no era monótona. Sus caderas, sus pechos resaltados, sus ojos, su pequeña boca... todo la hacía símil al ordinario de lo femenino; únicamente la peculiar energía que despedía, la hacía diferente, ancestral. De esta manera, no habría forma de llamarla única sin caer, irremediablemente en la vulgaridad de lo común.

Luego de algunos minutos, entró el profesor que acechaba las miradas impacientes de cada uno de los presentes, tratando de encontrar el inicio de su perpetuidad en aquellas mentes. “Divide et vinces” se decía y cada uno se podía dividir en las infinitas partes que conformaban su nada. Ella no.

La carrera extenuante en contra del tiempo había empezado a las siete de la mañana, por lo que aquel cronos se tornaba más insoportable de lo que ordinariamente es. Después de quince minutos, alguien tocaba el hombro de la mística y depositaba en sus manos un delgado trozo de papel, doblado y arrugado.

“La timidez es mi constante, tu variable me hace menos humano, tal vez humanoide. Son tus colores el vivo reflejo de mi soledad”.

Volteó su cabeza y miró rostros diferentes pero similares. Algunos de ellos reían de algún comentario sin sentido, otros, sin sentido, comentaban. Preguntó al hombre que estaba detrás, de quien había recibido el pequeño billete. La voz de la mística salía pausada y grave, con un tono especial, mezcla de italiano y provincial. (Nexo narrativo entre narrador y personajes). Una inocencia pura la hacía menos común, se presentaba

como un libro complicado de encontrar cuyas ediciones se terminaron hace años, pero algunas circulan como tesoros atlánticos. Cada cual se disputa por conseguirla. Unos con fines conscientes y válidos, otros en cambio, por pura vanidad.

Después, no hubo respuesta.

- ¿Quién lo envía?
- No lo sé, me llegó de atrás...
- Señorita, ¿Le parece que dificulto su diálogo?

Y el tono irónico saltaba de los labios, ahora del profesor, un tono despejado y frío.

Al terminar la clase de aquel día, la mística inquirió a quien en su paso encontró, en busca del emisor del minúsculo mensaje. Y en aquel salón no había nadie que respondiera a su incertidumbre, ni se haga responsable de su intranquilidad. El papel doblado había llegado por azar, aquella palabra que reemplaza satisfactoriamente al término suerte.

## DOS

El día siguiente, tomó el mismo sitio del día precedente, lo instituyó como un santuario personal,



donde no se molestaba en el camino del reloj, fatal y desmenuzado, cíclico o estático. Justificaba la visión del tiempo —o su omisión— mediante una sencilla metáfora; así la víctima deberá ver a su futuro verdugo. El día de hoy venía como selva: libre, alada, indomable.

De nuevo el golpe ligero en su hombro izquierdo y la respectiva nota que decía:

“El conocerte ha marcado mis noches. Tú eres “el recuerdo de tu presentimiento, porque yo te conocía antes de haberme encontrado contigo”

Gil Gilbert me ha ayudado en lo último.

Y mientras lo leía lo decidió, la mística traicionaría su soledad y su melancolía, momentáneamente, por cierto, no podía —no concebía— pertenecer al amor y al miedo de un anónimo, por lo menos no todavía. Hace ya tiempo había renunciado a las prácticas sociales marianistas dedicadas a la mujer y se sentía como la Carmen de Merimeé, gitana y libre de ser disuelta en las partículas más ínfimas del tiempo.

Inquirió de nuevo. Hoy recibió una respuesta. El papel había descansado ahí desde antes del inicio de clases, con su nombre marcado en tinta azul. Pequeña y silenciosa, como el alfil

del ajedrez, buscaba un sin nombre entre un mar de nombres, buscaba una posibilidad de desarmar a la lógica. Al traicionar su pacto con la inquebrantable soledad, en parte, abandonaba un poco de sí misma.

La mañana siguiente su puesto y santuario estuvo vacío, indescriptible, era la imagen de un altar sin santo a quien adorar. Los problemas de este “temblor ubicuo que llamamos vida” como lo definiría Ortega, se hicieron insoportablemente presentes; como una espesa tela negra cubriendo el rostro del pasado, o como el pesado calor en las mañanas de verano.

El pequeño papel de aquel día, transitó fútil entre las manos, sus letras eran una sinrazón en la inocuidad presente. Entre risas fue colgado en la pared cerca de su silla, como en espera de la llegada de su destinataria, para aguardarla a solas, mirando su sombra perdida entre los dibujos que había dejado como herencia en la banca de la clase.

“Mi realidad es irónicamente tergiversada. Tu ausente melancolía, tus pasos infernalmente femeninos y tu boca de ceniza volcánica, son el premio a mi platónica visión, aquella de mi utopía”

La nota, parecía llorar la ausencia de la mística. Ese pequeño trozo de papel se presentaba como un espejo que reflejaba un pasado incidental, su perfume perdido entre hedores, su inconstancia de luna en sus fases.

Los estudios en la facultad se presentan como un diabólico tarot clandestino, regido por manos distantes, que dictaminarán en un porcentaje, un futuro. La mística subía las escaleras con la mirada perdida y distante. Hoy era agua: eterna y necesaria. Entre sus manos saltaba un papel minúsculo. Antes de entrar, miró a una sombra extender la mano en la puerta de entrada al curso, abandonando a su suerte a un mensaje anónimo.

- Esto es para ti. Sentenció ella, con su voz metafísica, al hallarse delante de la sombra.

Él lo tomó entre las manos y miró su rostro de durazno, sus ojos fijos, su cabello negro, recogido en una cola de caballo.

- ¿Te gustaría tomar un café... o un... algo? Inquirió él.

- Un café está bien.

Un frío brutal se suspendió entre ellos, un frío que sienten los seres humanos antes de expirar.

Caminaron y “detuvieron el tiempo, por todo el tiempo que desearon”, bajo la sentencia de Baricco.

Él era como la nota de una canción triste, era un Dante en su camino por el infierno, en busca todavía de un Virgilio que lo guíe.

- ¿Cómo te llamas?
- Mi nombre es irrelevante
- He recibido tus mensajes.

Entre los dos aún se sentía un maniático vacío. Toda ella era vida, naturaleza, fruta; él era un paisaje de la ciudad después de una larga y fuerte lluvia de abril.

- ¿No piensas leer lo que te he escrito?
- No todavía.
- ¿Y no deseas decirme nada?
- Quisiera decirte muchas cosas, solo que aún no se inventan las palabras. Te he explorado como al desierto más extenso y te he encontrado pequeña e indomable. Te he tratado de descifrar y me he perdido entre tus valles de silencio. Hoy que estás delante de mí, te destruyo en partículas para conformarte en recuerdo. Nuestras edades son imparejas, te llevo años enteros de tristeza y eres mucho más adulta que yo en inocencia.

- ¿Y cómo me ves?
- Te ve como la sombra de mi destierro, de colores. Te veo como mi posibilidad teocida.
- De color café y azul, por mi pantalón y por mi blusa.
- No... por el blanco de tus alas. ¿Y tú cómo me ves?
- Eres un ilógico pasatiempo, nefasto pero entretenido. Tienes cosas que no necesito y te presentas como una imposibilidad en un tiempo que ya está compartido, y que aún no he construido.

Una breve lágrima los amparó a ambos. “Él no estaba para discursos serios y un adiós es un discurso serio”.

- Es nuestra despedida, te dejo antes de marchitarte, de ensuciarte el currículum con mi presencia.
- Te aparto, mis fases de luna no son compatibles con tus noches meditabundas y errantes.
- Recordaré a saltos de memoria, la plausibilidad del eclipse.
- Y yo te enterraré, entre frases célebres de algunos locos de la historia, entre calendarios y el azar que es mi palabra favorita. Después de todo, habría que ver qué pasa... finalizó ella.

Él se levantó, tomó sus cuadernos encerrados en

una mochila y se alejó sin verla, por miedo de extrañarla antes de tiempo; ella, vació su taza de café y miró los pasos del anónimo, alejarse entre las risas de estudiantes bulliciosos.

## TRES

Un tiempo después, encontró el papel en su bolsillo, en él, el cuasi dibujo de una flor resaltaba entre los cuadros de la hoja, y una pequeña nota, con letras negras:

“Que la vida te sorprenda con buenas cosas”

La dobló y la colocó en el baúl de los recuerdos. Nunca más volvieron a verse.

## EL INICIO

*“Non era molto tagliato per i discorsi seri.  
E un addio è un discorso serio”*

ALESSANDRO BARICCO

El cuarto tiene las paredes llenas de cuadros falsos, entre ellos, copias de las pinturas de Dalí, Botero, Kingman y otros; iluminados apenas por el nacimiento onírico de Apolo, perezoso y agitado. Aquel muchacho soñaba el inevitable fin de una cadena de actos que desembocaban en un reposo pseudo-calmo, “piano” como la música de Verdi; aquel muchacho se revolcaba entre las sábanas, derribando con sus pies, las columnas de libros por leer que tenía al pie de la cama.

La bulimia de las horas de la noche, en el campo no permite otra cosa; un grito despedido de un gallo madrugador, abría la acción del día, lo cómico de lo vital, por consiguiente, la vida cotidiana, el peso inerte de ser, cada día los mismos.

En el campo la vida es diferente, menos ordinaria que en la ciudad. Aquel muchacho tenía un laberinto en la cabeza, ideas de pubertad, y quince inviernos auestas en las espaldas, suficientes para aprender a mirar a la cara a la neutralidad del tiempo y del espacio. Su viaje a la metrópoli sale a las diez de la mañana del día siguiente.

Sus padres tenían una pequeña casa en las afueras del pueblo, un par de animales que sustentaban las labores cotidianas y económicas, que en conjunción con lo sublime de la naturaleza, compensaban suficientemente a la soledad y a la televisión, a los pequeños grandes disgustos de la vida en sociedad. El chico de mirada trastornada estudiaba en un colegio que se hallaba ubicado a casi veinte minutos a pie desde su casa. Viajaba todos los días. Para evitar el tedio del llanto de los pájaros de la montaña, en las tardes de sol mortuorio, decidió, por unanimidad consigo mismo, conseguir un empleo. Sirviente de una de las casas grandes en el pueblo adyacente, en la que su nuevo jefe estaría esperándolo, todos los días, de nueve de la mañana a cinco de la tarde. Los tres primeros meses su servicio fue óptimo, se desempeñaba de maravilla, aceptando ofensas y en algunos casos, golpes. El esclavismo, en los pueblos campesinos,



es aún un medio de vida intransigente.

El muchacho se ha despertado, su madre ha entrado en la habitación y con lágrimas en los ojos le recrimina su partida tan furtiva e insospechada. La muerte ajena no es una cosa que se puede tomar en préstamo, es un peso que se multiplica y que con el martirio del tiempo, llega a agobiar.

Recuerdo. A los dos días de servicio en la casa, había conocido perfectamente los vicios mundanos de su patrón, su prepotencia lo hacía más insoportable que la clase de trigonometría. Todo concordaba, tenía poder, tenía dinero, por lo menos podía tener todas y cada una de las cosas que el dinero, en este universo paranormal, puede comprar. Incluso el amor garabateado de una de las chicas del pueblo, especial en un sentido por demás abstracto. El nombre de la chica se asimilaba al de la luna cuando está en cuarto creciente, desbordaba paz, como la tierra antes de que dios exista.

Al primer mes, para el joven aprendiz de ser humano, los gritos y los alaridos de su patrón, eran tan normales como cotidianos, tener a medio pueblo en la boca, indiscutiblemente, a su chica, hipotética y textualmente. El patrón defendía

una idiosincrasia particular, como el señor de Renal, en Rojo y Negro: “Las mujeres... siempre hay algo defectuoso en esas máquinas”, bajo las palabras de Stendhal. Una herencia subjetiva de su padre, una tradición de casi toda la humanidad.

Al llegar el tercer mes, el joven caminaba aquella mañana por el patio de la enorme casa, que en la parte interior tenía una construcción adicional, modernizando el ambiente, el patrón había ordenado la construcción de un baño sauna, especialmente equipado para las reuniones con lo más selecto del pueblo, siempre que sus condiciones o sus deseos estén en juego. Un aliado más para sus propósitos.

Aquel día, por el patio principal de la casa, la chica de aspecto natural, que estaba sujeta al patrón por deudas de juego que su padre, hace un par de meses, había contraído con el terrateniente; entró en la casa, sus pies tenían armonía, entraba como bailando con el viento y deshaciéndose entre las sombras. Desde un espacio apartado, el chico la observaba, disfrutaba de su olor al entrar, su mirada perdida entre sueños y su voz –repentina- pero casi angelical. Al mirar el patrón a la chica, saltó de su silla de terciopelo francés, ubicado en el despacho más

grande de la casa.

- Mujer, me tienes colmado de tus impertinencias, llegas cuando te da la gana y ni siquiera avisas cuando te has largado. Habla ahora, no te quedes callada...

- No he tenido tiempo, mi padre está enfermo...

- Yo no necesito a tu padre, sino a ti, que saldas su deuda.

Mientras la tomaba de la cintura, la besaba a la fuerza y ella luchaba por desasirse; parecía – toda ella- lluvia encandilada.

- He chico, tú, llévame bebidas al baño del fondo...

Mientras el chico fotografiaba en su memoria, de una vez para siempre a la muchacha de los tonos opacos, escuchaba más y más gritos, desesperaciones y gemidos. Debido a la normalidad del bullicio en la casa, el joven descartaba esto como un posible anormal. Lo verdaderamente anormal en aquella casa, sería una dosis, aunque sea pequeña, de silencio.

Tomó en sus manos una bandeja con dos vasos llenos de limonada con hielo dentro de ellos, y caminó hasta la puerta del baño sauna, tocó dos

veces en la madera y el silencio fue el único que le respondió.

Casi en tres segundos, la chica saldría semidesnuda, llorando y gimiendo palabras que no se entendían muy bien, una sola rozó el oído del joven:

- Es un infeliz...

Dejando los vasos en el piso, encontró la puerta cerrada, en aquel cuarto sofocante. El calor es una muestra de ira, el ambiente, en esa habitación, estaba demasiado caliente. El patrón desnudo, golpeaba la puerta con insistencia y suplicaba por la salida, que permitiría la continuidad de su vida. A la vera de su muerte, aprendió a suplicar.

Dentro de un momento los gritos se detuvieron. El joven estaba estático “como la torre del ajedrez” y miró en lo alto el termómetro de la calefacción. Lo suficiente para matar a un individuo, asfixiado, sin aire; tal como el patrón había matado la inocencia de la chica.

Tomó un martillo de la caja de herramientas que estaba cerca del baño, todo lento, como si la reciente muerte del patrón hubiera sido tan normal

como todos los acontecimientos de aquella casa, como si fuera un grito más dentro del mismo contexto. Rompió la cerradura y sacó el cuerpo muerto. En el rostro tenía aún la libido encendida y un rigor mortis inevitable. Cuando lo depositó en el piso, la criada de reemplazo que llegaba a su turno, gritó: -Han matado al patrón, auxilio...

Luego de este cambio de planes, el chico aprendió que la esperanza es inútil, “hace tiempo –lejodieron la sonrisa con esa palabreja” como sabía que lo diría Granda. Un amor es tétrico, casi fatal, el sentimiento es inútil, la realidad y el tiempo son factores inalterables, que se detestan pero que se imponen. Visto de esta manera, no era tan difícil, empacar sus libros y su ropa, salir del pueblo y buscar un poco de normalidad en una ciudad próxima. La joven no sabía nunca lo ocurrido, era su deseo; él se sacrificaría por ella, sabía perfectamente que el amor es un miedo disfrazado. Ella estaría tranquila, con su conciencia alborotada a ratos, sin saber a ciencia cierta que ocurrió después del incidente, mientras el joven –melancólico– años después estaría detrás de un escritorio, en alguna oficina de la ciudad, recordándola todavía.

# Aleandrías en La Menor

## ENTRE UN BESO Y OTRAS DESPEDIDAS

*“Oh más dura que el mármol a mis quejas  
Y al encendido fuego en que me quemo...”*

GARCILASO DE LA VEGA

*A Daniela Alejandra*

Es prácticamente imposible establecer una teoría o un procedimiento exacto en el campo del sentimentalismo humano, específicamente de aquel que se origina entre un hombre y una mujer; por diversos motivos es demasiado complicado marcar lapsos y reglas –por ejemplo cuándo el cariño se torna amor, o cuando el amor se torna en odio y viceversa- o cuestiones similares, en esta etapa de la mente humana.

A la edad de mis veinte años yo aprendí aquellas sentencias por una rara experiencia, que a diferencia de algunos detalles, es muy similar a la mía. Mi hermana menor había optado por el suicidio, como una útil escapatoria a una repentina ruptura de ese lazo sentimental con quien se empeñaba en etiquetar como “novio”. Tal como la conocía se me hacía estúpido y hasta un poco ridículo, el espectáculo que me pronosticaban sus palabras. Que decir —en ese entonces— a sus lacrimosas confesiones, hechas justamente una noche antes de encontrarla muerta. Solo el grito aterrador de mi madre, a la mañana siguiente, me hizo caer en la realidad. Cómo se puede expresar con palabras aquel cuadro? Los colores y matices del rosa de su habitación hacían que el cuerpo muerto sobresaliera, se hiciera más notorio. La ingesta de algún veneno había hecho el resto del trabajo. Al remover recuerdos unos días después en su habitación, encontré aquellos papeles, que tal vez fueron el sello —la sentencia— de su repentina muerte. Estaba embarazada. Oculté los papeles en mi chaqueta y callé. Ella me había hecho su confesor en esa noche y yo no podía traicionarla por nada.

Luego de este episodio me di cuenta también, que la linealidad del sentimiento es obvia, por tanto aburrida; la tragedia llegará tarde o temprano. Que el amor inevitablemente eterno, tan solo se

da en esas novelas carrasposas de hace tiempo. Llegué a comparar este defecto de la mente humana, con el tiempo –defecto de la realidad real- los dos eran irrepetibles e insolucionables. Bajo estos postulados yo defendía mi inalienable posición: para mí el amor no existía, era una imposibilidad teórica, más bien, el amor no era otra cosa que una variación –bien disfrazada- del miedo en los humanos.

Solo luego de unos mese la conocí. Asistí a la función de teatro –que tampoco planeé- como lo hacía a cualquier evento cultural: esperaba lo distinto, lo sublime, la belleza y el arte en sí mismo; y por cierto aquella noche los encontré. La vi a un lado de la acera –olvidé mencionar que dicha obra era una muestra del teatro callejero de nuestra ciudad, en una plazoleta del norte de la capital- la vi, sentada en una roca.

Aquella forma de vestir que desafiaba los parámetros de lo normal me hizo pensar de inmediato en la originalidad: después de todo, en estos días, lo original consistía en imitar lo peor que se pueda a lo preestablecido, al fin de cuentas, sigue siendo una repetición voluntaria.

Aplicando este esquema yo la podía nombrar: original.



La obra teatral consistía en un par de mofas a un futuro posible, la adquisición de nuevos medios de producción de energía, entre otras cosas. Todo era todavía común ante mis ojos. Se preguntarán entonces, dónde encontré esa belleza, eso distinto, ese arte: pues sin más preámbulos: en ella. También valdrá aclarar que nunca antes la había visto, por eso se me hizo extra-ordinario que a paso lento se acerque a despedirse. Imaginé entonces que después de mantener toda mi atención en ella, más que en la obra, se preguntara quien era yo. Tal vez me asoció con un posible conocido.

Mencioné ya lo de la linealidad del sentimentalismo?, tal vez sí, porque en este tipo de conversaciones uno olvida hasta lo que ya ha dicho y también lo que tenía que decir.

Pues bien, aquella linealidad se hizo presente en este caso. A los pocos días de la función, recibí su llamada, acordamos un lugar y salimos. Hablamos de teatro y de cosas parecidas. Afortunadamente, en mi memoria tenía guardadas un par de citas de Romeo y Julieta, por haberla visto solo unos días antes. Al mencionarlas, mi imagen se formó como la de un erudito en la materia. Es asombroso lo que un par de palabras dichas en el momento oportuno y en la

conversación adecuada, pueden llegar a hacer.

Para no invalidar aquella imagen, me dediqué a buscar teatro, pero para leer. Así terminé en *De La Barca*, en Lope, García Lorca, incluso en Adoum. Solo entonces me decidí a buscarla.

Si ya te lo he dicho, tan lineal es este caso, que solo fue cuestión de tiempo agorar lo que vendría. El proceso era repetido una y mil veces, el hombre difumina la realidad, con tal de obtener el cariño, por lo menos, de la mujer. Yo lo sabía, pero no quería – o más bien no pude- evitarlo.

Cada vez que podía, citaba algún pasaje, de algo que acababa de leer, con el fin de acrecentar la ilusión. La palabra era mi llave maestra, mi puerta de acceso a su asombro. Comparé entonces: en el idioma inglés la palabra “espada” era igual a “sword”, lo que la diferenciaba de “palabra” era una simple consonante, así, “palabra” era “Word”. Tal vez porque los ingleses sabían el poder de la palabra, utilizada como arma. También porque la brevedad la hace más peligrosa.

Un día, a fuerza de palabra, llegué, con mucho cansancio, a la puerta de sus labios. Golpee tan fuerte como pude, pero nadie respondía. Ella miraba todo desde dentro, detrás

del vidrio inquebrantable de sus ojos, me veía como un experimento peligroso, como una enfermedad venérea. Hasta que el tiempo trazó con más fuerza, la línea que tanto evitaba y tal vez hasta la hizo más larga. Era como un borrón en mis ojos y una pequeña grímpola de triunfo para la dama.

Momentáneamente me resguardaba de su mal, disfrazada indolencia en algunas breves lecturas que hallaba en un cajón de mi casa, que jamás pensé utilizar. Así, yo llegué a saber más de teatro y de literatura, que de cómo manejar el aparato productor de sangre. Sólo aquella noche no pude contenerme ni un segundo más.

En algún lugar yo había leído: “Oh más dura que el mármol a mis quejas/ y al encendido fuego en que me quemo...” y algo parecido tenía que decirle, por supuesto, en otras palabras. La comezón de los dedos llegó a un punto fatal: levanté el auricular del aparato telefónico y la llamé.

Después de una breve plática, fijamos el sitio y la hora de la despedida. La estructura de sus oraciones era tan previsibles aquel día. Entre esas palabras que pude rescatar, constaban serios remordimientos por el fatídico encuentro —a su

punto de vista- en aquella función de teatro. Yo callaba. Intentar responsabilizar al tiempo de los actos que desencadena era ridículo, risible, ya que ni el mismo tiempo tenía la culpa de existir por sí mismo.

El lugar acordado era un café, paradójicamente casi en el preciso lugar donde nos conocimos. La zona norte de la ciudad. El clima aún no ponía su acostumbrada mala cara, en esta época del año. Asumí la culpa: la de ella y la mía, como una sola. Lo único que acerté a decirle fue un par de versos de Adoum: “No sé quien diantre me mandó a meterme/ en la camisa-de-once-varas de tu vida/ si la soledad me quedaba tan bien como un otro esqueleto...”

Lamentablemente, esa tarde, la puerta de sus labios se me abrió con potencia ante mi rostro. Fue un golpe certero. Solo por ese instante se me amputó la tristeza y dicha ablación fue casi indolora, a no ser por sus enigmáticos dientes que irrumpieron la tranquisoledad de mis labios — que yo creía, de cartón-

- De cartón mi amigo? Y soltó una torcida y pequeña sonrisa, el interlocutor.

Sí, de cartón. Y cuando vi su silueta de espaldas,

justo en el umbral de la puerta del café, entendí todo por completo. Cada uno de sus actos contra mí, eran una despedida, incluso el primer saludo que ella me dio. El beso solo era una pieza del rompecabezas, era solo una de sus tantas y tan variadas formas de decirme adiós. Y por un momento, entonces, en un pequeño lapso, entendí a mi hermana ya muerta. “Hasta los sobrevivientes también mueren”, recordé, solté una sonrisa boba y empecé mi espera. Cada acto fue un movimiento en este ajedrez sentimental y perdí por jaque mate total. Pero ahora, dime, que ha sido de ti en estas vacaciones en las que no te he visto, querido amigo...

- Lo mismo de siempre, vacaciones en la playa. Ya sabes: sol, arena, mar... y nada más.

## EL SILENCIO DEL ECLIPSE

*“a él, le sanó la idea de volver a verla,  
A ella, le enfermó la idea de no volver a verlo”*

IVÁN EGÜEZ

En el preciso instante del eclipse, él recordó su nombre. Aquella secuencia de fonemas -y dado el caso, de grafemas- que tanto le dolía en el pecho. Desde la ventana del cuarto piso del edificio, viejo y de un color crema cuarteado por los años, se observaba perfectamente el fenómeno astral. Colocó sus manos en el vidrio y sintió un frío estremecedor en la punta de los dedos, por donde había —hace unos días, solamente- pasado sus cabellos. Descartó ideas y asoció ese fastidioso temblor, con el frío invernal de la ciudad. La relación de la luna y el sol, es una redonda metáfora del amor platónico.

Ahora la náusea era insoportable, incluso –para él- pronunciar solamente, ese nombre era motivo de grandes suspiros cobijados por un leve manto casi transparente, de lágrimas; que bien por el recuerdo o por la necesidad de esos labios diabólicos y juguetones, eran como un licor áspero y embriagador.

Luego de recorrer el cielo sin estrellas y de acariciar la ventana, pensando en esa piel de Afrodita, dejó el sitio. Se acercó al mare magnum que era su cuarto y precisamente al mismo momento de levantar el auricular del aparato telefónico, se le entumió la “A” inicial de su nombre, en la garganta. Abortó el intento. En su lugar tomó un trozo de papel y escribió –tambaleante- el nombre que le mordía los sueños y le escupía de vez en cuando un recuerdo halagador. Ese papel fue suyo, para siempre jamás, como su turbado, retorcido, obtuso: “recuerdo de la bella”.

- Mi plan era simple A... “yo, mi, me, contigo” pero ahora que duele tanto estar sintigo, corro el gravísimo peligro de volverme humano.

Fue todo lo que la mano, soportó. Dejó el papel, y empezó a rememorar. Agnosis voluntaria.

Entre tanto, ella, al pie de la puerta de su casa, recordaba esos ojos melancólicos y desgarradores: sintió piedad, o un sinónimo de eso; y como un piedrazo al eclipse, soltó su nombre al viento, lejos, donde ya no le estorbe más. Ese “puro amor, casi desamor, amortajado” le permitía tales actos, imposibles para él; equiparables al respirar: necesarios, pero casi, casi, inconscientes. Recordó esos ojos hipotéticamente caducos, que la hacía posible en ese turbado y laberíntico cerebro.

Mirando el mismo cielo egoísta y ególatra, se dio cuenta de que de una manera muy cómica – y en contra de su propia voluntad- ella también lo necesitaba, aunque sea, como un par de zapatos viejos, que en el momento en que pierden el gusto, no se usan.

Entró.

Tomó asiento en la pulcritud de su sala de existir –término casi conjugable con estar- justo al lado del teléfono y esperó la llamada, que de todas maneras no iba a contestar. Se le cayó una sonrisa macabra, esa que tanto gustaba y dejaba de que hablar, como un poema con rima perfecta. Garabateó la idea en su cabeza:



- En lo más profundo de todos mis yo, me repugna la idea de que todos sus él, vengan a contrarrestar mi noserdad, pero vale la pena decir que solo uno de mis tantos y tan variables yo, disfruta de cada uno de sus él.

El eclipse continuó en el cielo, pero era innegable que el sol y la luna solo aparentaban contacto. Y ese aparente contacto crea la oscuridad, incluso en un día como aquel, sin nada en especial. Sinónimo de esos dos personajes. Por milésimas de segundo se necesitaron, como el agua necesita del aceite, para poder refutar. Pero en ese punto, ni ella, ni él, lo sabían.

# índice de contenido

PRÓLOGO	7
---------	---

## **De Los Tiempos Escasos**

ALGODÓN DE AZÚCAR	9
EL SARCÓFAGO BLANCO	17
MI SENTIDO PÉSAME	23
CARTA MAL HECHA	29
LA CANCIÓN DE SABINA	33
MENSAJE NUEVO	39
LA SOMBRA DE UNA NOTA	45
EL INICIO	55

## **Alejandrías en La Menor**

ENTRE UN BESO Y OTRAS DESPEDIDAS	63
EL SILENCIO DEL ECLIPSE	71

La publicación de esta obra la realizó  
Editorial lablabalbalba

Se imprimió en  
junio de 2010,  
en f1fr12ef1x